

Sobre las potencialidades heurísticas del concepto de “estrategia”. Una contribución al debate conceptual.

María Soledad Catoggio.

Cita:

María Soledad Catoggio (2007). *Sobre las potencialidades heurísticas del concepto de “estrategia”. Una contribución al debate conceptual. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/311>

SOBRE LAS POTENCIALIDADES HEURÍSTICAS DEL CONCEPTO DE “ESTRATEGIA”. UNA CONTRIBUCIÓN AL DEBATE CONCEPTUAL.

Lic. María Soledad Catoggio

CONICET/UBA

mcatoggio@ceil-piette.gov.ar

Introducción

Nuestra vocación es la de ser fieles a nuestro fenómeno de estudio, antes que a un conjunto de principios teórico-metodológicos rígidamente estructurados. Sin ser esencialistas en búsqueda de “la verdad”, nos parece éticamente correcto no renunciar a la búsqueda de conocimiento verdadero (cfr. Heller y Féher 1991). El desafío, quizás, es que además de verdadero sea relevante. En este sentido, partimos del presupuesto de que “el mundo social no es un dato sino un problema” (Pereyra, Toscano y Jones 2002: 118). Ni los datos evidencian por sí mismos *un* cuerpo teórico que pueda dar cuenta de ellos suficientemente, ni cualquier teoría puede pasar con éxito la confrontación ante cualquier conjunto de datos. Dados por tierra los postulados de *determinación* de las teorías por los datos y, su reverso, de *indeterminación* que, al disociar los datos de las teorías, las vuelve capaces de diseñar y ordenar la realidad social, partimos del principio de *subdeterminación* de las teorías por los datos. El cual sugiere que “sobrevivirán todos los cuerpos teóricos que logren construir un esquema de interpretación que de cuenta adecuadamente de un complejo de datos” (Schuster, 2002: 51)

Ahora bien, esta idea de “adecuación” está lejos de suponer que las teorías pueden representar o reflejar “adecuadamente” un conjunto de datos “x”. Se trata más bien de un problema interpretativo, es decir, de asignar determinadas categorías del lenguaje a un conjunto de datos sin caer en la trampa del nominalismo según la cual en esa manera de nombrar estaríamos construyendo el mundo. La subdeterminación de la teoría por los datos refiere justamente a esa sustantividad del mundo, ese *algo* que existe y de lo cual se pretende predicar. La tradición postempirista de la ciencia aporta una reflexión epistemológica, que es indisociable de una perspectiva ontológica, al conjugar una idea de subdeterminación de la teoría con los datos y una teoría de la interpretación.

En este contexto, este trabajo se propone revisar algunas categorías que resultan útiles para conceptualizar nuestro objeto de estudio en el marco de la tesis doctoral. Este proyecto de revisión analítica, lejos de seguir una empresa de verificación de teoría social, está motivado por categorías emergentes de los datos. En efecto, nuestro diseño de investigación, definido por una “orientación metodológica” de tipo cualitativa (cfr. Bericat 1998), sigue las líneas de la *Grounded Theory* cuya propuesta es “desarrollar teoría enraizada (grounded) en la información sistemáticamente recogida y analizada” (Strauss y Corbin, 1994). Sus dos grandes estrategias son la comparación constante entre

categorías y propiedades emergentes de los datos y el muestreo teórico que, de manera no azarosa sino intencional, guía la selección de testimonios y documentos en función del criterio de relevancia teórica.

De acuerdo a esta estrategia teórico-metodológica, el muestreo teórico solo requiere una recolección de datos de un vasto alcance cuando las categorías están emergiendo, pero una vez concluida esta primera fase la comparación se estructura a partir de grupos creados sobre la base de las categorías definidas y la relación entre sus propiedades y no sobre la recolección exhaustiva de información para cada grupo, *privilegiando la densidad conceptual, antes que la descripción densa* (cfr. Soneira 2004).

Siguiendo estas líneas, producto de un primer acercamiento a los vínculos entre catolicismo y política durante la última dictadura militar, a partir de bibliografía existente, prensa gráfica y entrevistas en profundidad a diversos actores del catolicismo, hemos definido un primer criterio de relevancia teórica que nos permite recortar el objeto de estudio y, a su vez, definir grupos posibles de comparación. Este criterio se basa en el concepto de “estrategias” frente a la represión estatal. Es decir, se trata de comparar la diversidad de prácticas que pusieron en juego los elencos dirigentes del catolicismo (obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas) a la hora de hacer frente a la represión estatal. Esta categoría surge de un arco de posibilidades encontradas en los testimonios y documentos que van desde acciones producto de la improvisación y creatividad individual en la vida cotidiana hasta políticas institucionales de diversa índole.

El propósito, entonces, es analizar cómo ha sido trabajada la categoría de “estrategia” por diversas teorías, ponderando su efectividad para la resolución de diversas dimensiones de nuestro problema de investigación (cfr. Laudan, 1987). Para esto partimos del presupuesto de que no se trata de tomar definiciones de conceptos aislados sino categorías entendidas como unidades indisociables de estructuras enunciativas más amplias, que hacen de la teoría en cuestión una unidad de sentido (cfr. Schuster, 2002). En este sentido, lejos estamos de ir a la búsqueda de “nuestro momento cartesiano” para hacernos de definiciones “claras y nítidas”, se trata más bien de emprender un ejercicio de *interpretación y re-interpretación* (cfr. Heller y Féher, 1991) de cuerpos teóricos asociados, a su vez, a tradiciones de investigación (cfr. Laudan, 1987). Esto exige, asimismo, estar atentos a los presupuestos epistemológicos y ontológicos que conlleva el uso de una categoría, siguiendo una u otra filiación teórica, afín a una tradición de investigación determinada, a los fines de poder concluir -siempre de manera revisable y provisoria- los usos más eficaces para nuestro objeto de estudio.

Maridajes y divorcios entre el concepto de estrategia y la tipificación weberiana de acción instrumental

En el discurso de las ciencias sociales la categoría de estrategia se ha usado análogamente -aunque pocas veces de manera explícita- al concepto de acción instrumental que Max Weber ha consagrado como una modalidad de acción característica -en términos típico ideales- de la Modernidad Occidental¹.

¹ Por acción racional con arreglo a fines, Max Weber entiende que se trata de una acción “determinada por expectativas en el comportamiento tanto de los objetos del mundo exterior como de los otros hombres, y utilizando esas expectativas como “condiciones” o “medios” para

Quienes parecen llevar al extremo la fusión entre la ontología de lo social y la modelización típico ideal de la acción instrumental son los teóricos de la *Rational Choice*. Esta tradición teórica nace en el contexto de los años 1950 en el mundo académico norteamericano en el marco de un ambicioso proyecto de hacer converger la teoría económica y política. Los trabajos de sus principales exponentes Kenneth Arrow, Anthony Downs y Mancur Olson se orientan a explicar los microfundamentos de los fenómenos sociales. Si bien su enfoque teórico-metodológico pretende dar cuenta de los procesos sociales a partir de las acciones individuales intencionales, en la práctica la teoría en general puede entenderse de manera normativa como un conjunto de orientaciones que prescriben “cómo elegir y actuar a fin de lograr sus metas de la mejor manera posible” (Elster, 1997: 43 *apud*. Pereyra, Toscano y Jones, 2002). El esquema básico de explicación de la *Rational Choice Theory* se basa en los supuestos de una racionalidad instrumental y optimizadora como definición básica de las reglas de acción de las personas y en la idea de que la capacidad de elección se vincula fuertemente a la información completa que poseen los agentes racionales en condiciones ideales (cfr. Pereyra, Toscano y Jones, 2002). Este modelo ha sido formalizado a partir de un esquema de juego que consta de participantes, reglas (conocidas por todos) y resultados. Estos esquemas se orientan a hacer un aporte explicativo y prescriptivo sobre distintas situaciones de interacción estratégica.

En términos generales, las críticas globales de que ha sido objeto esta tradición teórica son tanto de carácter ideológico por su carácter utilitarista-liberal, como de carácter epistemológico por considerar al mundo social como un objeto dado que no agrega nada a las características ontológicas del individuo y a la racionalidad como un problema de adecuación entre el actor y ese estado de cosas.

En este universo conceptual la categoría de “estrategia” es usada en términos de una acción instrumental orientada teleológicamente. Lo que en verdad importa no son los medios sino la efectividad de la acción para la consecución de un resultado determinado. Aquí la voluntad subjetiva, en condiciones ideales de “información completa”, tiene una relación de transparencia con la definición de la estrategia que se pone en práctica.

A los fines de nuestro objeto de estudio, de acuerdo con este universo conceptual, se podría pensar en formas de hacer frente a la represión estatal como estrategias orientadas teleológicamente a la conservación de la vida por actores plenamente conscientes de que estaba en riesgo su propia existencia.

Los presupuestos teórico-epistemológicos de esta concepción teórica son coherentes con la confianza en la existencia del mundo objetivo como algo dado, que comparten tanto las tradiciones del empirismo lógico como del racionalismo crítico, es decir, la creencia en la verificabilidad -para los primeros- o la falsación -para los segundos- de los enunciados por medio de la observación sensorial.

el logro de *fin*es propios racionalmente sopesados y perseguidos (...) Actúa racionalmente con arreglo a fines quien oriente su acción por el fin, medios y consecuencias implicadas en ella y para lo cual *sopese* racionalmente los medios con los fines, los fines con las consecuencias implicadas y los diferentes fines posibles entre sí” (Weber 1964: 20-21). Weber intenta dar cuenta de cómo esta racionalidad instrumental, propia del capitalismo occidental, es una conducta práctica racional que, en términos típico-ideales, impregna todas las esferas de actividad social de la modernidad (cfr. Weber 2001).

Esta matriz de interpretación nos permite dar por sentado el contexto de hostilidad generalizada en que se vivieron los años de dictadura, pero a costa de dejar de lado el carácter pre-interpretado de ese mundo social. En efecto, este mundo dado por hecho tiene que ver más bien con la racionalidad de un observador científico antes que con la racionalidad de los sujetos en el mundo de la vida (cfr. Schutz 1995). En efecto, M. Novaro y V. Palermo (2003), a partir de entrevistas en profundidad a diversos actores sociales de la época, caracterizan este contexto de hostilidad social, política y religiosa como un marco social de referencia en el cual imperó la *incertidumbre* para definir los límites entre el “mundo de la seguridad” y el “mundo del temor” en la vida cotidiana (Novaro y Palermo 2003: 151). Por otra parte, se pierde también de vista que en muchos casos la modalidad acción que definía la *praxis* de los actores era una acción motivada por fines últimos, propios de una “guerra de dioses” (cfr. Lowy 1999), donde no primaba la ponderación de la relación medios-fines en pos de una maximización de resultados, sino una ascesis altruista definida por la defensa de valores extremos (dioses) sin medir las consecuencias de la utilización de ciertos medios, incluso a costa de la propia vida. (cfr. Donatello 2002).

Toscano, Pereyra y Jones (2002) proponen un modo interesante de salvar el individualismo metodológico de la *Rational Choice Theory* como abordaje para las ciencias sociales. En efecto, parten de la idea habermasiana de complementariedad del modelo de la acción instrumental con el modelo de la acción comunicativa:

“Habermas sostiene que la comunicación es centralmente el medio para el entendimiento y que, por ende, esta función del lenguaje prima sobre cualquier consideración del lenguaje como instrumento -de transmisión, de influencia, etc. Si aceptamos esta premisa, la racionalidad no se refiere a los resultados de una intervención instrumental en el mundo sino a la posibilidad de establecer consensos libres de coacción, es decir llegar a acuerdos por vía de una deliberación argumentativa. Desde esta perspectiva, la interacción comunicativa es a la vez previa y complementaria de la interacción estratégica”. (Toscano, Pereyra y Jones, 2002: 118).

Solidariamente, Schuster y Pecheny (2002) han señalado el carácter ideológico de la pretendida universalidad de la racionalidad instrumental, en tanto sólo nos permite considerar un tipo específico de acción, la teleológica, pero no así otros tipos de racionalidades que permiten a los actores expresar su subjetividad.

Una década más tarde, en los años 1960, comienza a anunciarse un nuevo escenario en la filosofía de las ciencias sociales. La llamada “crisis del consenso ortodoxo” expresa el cuestionamiento generalizado a la concepción, vigente hasta el momento, de la idea de “racionalidad científica” y del “modelo naturalista” para las ciencias sociales. La empresa por la recuperación del sentido de “realidad social” viene a desempolvar viejas tradiciones de pensamiento hermenéutico, entre ellas la relectura en esta clave de la obra de Max Weber. Con el regreso a la hermenéutica se reclamaba un carácter distintivo para las ciencias sociales:

“un universo simbólico que se ofrece a la interpretación y que reclama un esfuerzo dialógico: el científico social-intérprete es interpelado no por una

realidad 'externa' sino por alguien semejante a él, y lo que en definitiva le interesa es lo que dice esa 'realidad social' ya sea como texto, como práctica o como palabra hablada" (Lulo 2002: 178)

En el marco de esta *vía hermenéutica*, diversas teorías de la tradición postestructuralista francesa elaboran originales conceptualizaciones de la categoría de "estrategia". La novedad reside justamente en poner en cuestión la relación de analogía -muchas veces tácita- que han compartido el concepto de estrategia y la tipificación weberiana de acción instrumental en el discurso y los análisis de las ciencias sociales.

Dentro de esta tradición, Michel Foucault lleva a cabo un descentramiento del sujeto que reconfigura la idea de estrategia como producto de una voluntad subjetiva. Su concepción del poder es central para comprender esta resignificación del concepto de estrategia. El poder como una realidad omnipresente tiñe todo el mundo social articulando un espeso tejido de aparatos e instituciones que funcionan como dispositivos para el ejercicio del poder. La trama social foucaultiana es una red de relaciones de fuerza que desustantivan al poder. A partir de aquí no es posible concebirlo como localizado en un centro específico ni concentrado en las capacidades de un sujeto individual o colectivo, es más bien una realidad que atraviesa los cuerpos de dominados y dominadores. En este punto, Foucault conceptualiza al poder como "el nombre que se presta una situación estratégica compleja en una sociedad dada" (Foucault 1987: 113). A su vez, este complejo entramado de relaciones de poder que hacen a la "situación estratégica" se caracteriza por ser *intencional pero no subjetivo*. En los términos del autor:

"Si, de hecho son inteligibles, no se debe a que sean el efecto, en términos de causalidad, de una instancia distinta que las 'explicaría', sino a que están atravesadas de parte a parte por un cálculo: no hay poder que se ejerza sin una serie de miras y objetivos. Pero ello no significa que resulte de la opción o decisión de un sujeto individual (...) La racionalidad del poder es de las tácticas a menudo muy explícitas en el nivel en que se inscriben -cinismo local del poder- que, encadenándose unas con otras, solicitándose mutuamente, propagándose, encontrando en todas partes sus apoyos y su condición, dibujan finalmente dispositivos de conjunto: ahí, la lógica es aun perfectamente clara, las miras descifrables y, sin embargo sucede que no hay nadie para concebirlas y muy pocos para formularlas, carácter implícito de las grandes estrategias anónimas, casi mudas, que coordinan tácticas locuaces cuyos 'inventores o responsables frecuentemente carecen de hipocresía" (Foucault 1987: 115).

Este párrafo es clave para comprender la resignificación foucaultiana de la categoría de estrategia. En efecto, antes que responder al trazado de las acciones intencionales de sujetos de decisión, la *anonimia* de las estrategias dibujadas a través de los dispositivos, entendidos como un conjunto heterogéneo de instituciones, instalaciones, discursos, leyes, reglamentaciones (cfr. Foucault 1991:171) fabrica sujetos. Los constituye a partir de una serie de prácticas sociales específicas:

“la discursividad foucaultiana ha tendido a evitar cualquier forma de explicación a partir de un Sujeto predeterminado; al contrario (...) los sujetos son pensados a partir de maquinarias que los construyen cualificando de diversas maneras a sus cuerpos” (Murillo 1996: 99)

La intencionalidad estratégica en Foucault se desentiende la acción instrumental de un sujeto racional de tipo weberiano, indica más bien una direccionalidad que adquiere una relación de fuerzas determinada, que resulta del funcionamiento *objetivo* de las instituciones en un entramado de relaciones sociales. Esto es solidario con una concepción de los procesos históricos como constitutivos de los sujetos antes que resultado de acciones teleológicamente orientadas. El énfasis está puesto en la idea de que cualquier trazado de objetivos sufre modificaciones constantes en la práctica, no siempre conscientes y racionales.

Ahora bien, la estrategia se traza a partir de “tácticas”, éstas sí, muchas veces conscientes y racionales. Incluso, a menudo producto de una racionalidad *técnica*, es decir, un conocimiento aplicado o *know how* (cfr. Murillo 1996: 75-76). En principio, encontramos, entonces, un desplazamiento conceptual por medio del cual son ahora “las tácticas” aquellas que tienen características análogas al concepto weberiano de acción instrumental. Sin embargo, la “regla de doble condicionamiento” (cfr. Foucault, 1987: 121) da una nueva dinámica a ambos conceptos, haciéndolos indisociables:

“Ningún ‘foco local’, ningún esquema de transformación podría funcionar sin inscribirse al fin y al cabo, por una serie de encadenamientos sucesivos, en una estrategia de conjunto. Inversamente, ninguna estrategia podría asegurar efectos globales si no se apoyara en relaciones precisas y tenues que le sirven, sino de aplicación y consecuencia, si de soporte y punto de anclaje. De unas a otras, ninguna discontinuidad como en dos niveles diferentes (uno microscópico y otro macroscópico), pero tampoco homogeneidad (como si uno fuese la proyección aumentada o la miniaturización de otro); más bien hay que pensar el doble condicionamiento de una estrategia por la especificidad de las tácticas posibles y de las tácticas por la envoltura estratégica que las hace funcionar. Así (...) la familia no reproduce a la sociedad; y ésta a su vez, no la imita. Pero el dispositivo familiar, precisamente en lo que tenía de insular y de heterónimo respecto de los demás mecanismos de poder, sirvió de soporte a grandes ‘maniobras’ para el control malthusiano de la natalidad” (Foucault 1987:122).

Esta concepción del hacer, a la vez táctica y estratégica, permite comprender dijuncciones entre las prácticas discursivas (lo enunciable) y no discursivas (lo visible). Por ejemplo, explica cómo los proyectos reformistas de fines de siglo XVIII, que se proponían sustituir el castigo suplicante del Antiguo Régimen, fueron “vampirizados” por los procedimientos disciplinarios lentamente afinados en el ejército y en la escuela que organizaron el espacio social y el discurso de las Ciencias Humanas.

Los conceptos foucaultianos de “táctica” y “estrategia” son muy útiles para comprender las estrategias institucionales de la Iglesia Católica. En primer lugar, porque al pensar en ella como un dispositivo concebimos la institucionalidad como una metáfora ampliada (instalaciones, discursos,

reglamentaciones, leyes, proposiciones filosóficas) no siempre coherentes, sino más frecuentemente, contradictorios pero, a la vez, constitutivos de una direccionalidad estratégica que se plasma en el funcionamiento objetivo de la institución. En segundo lugar, nos permite considerar la dimensión activa de este dispositivo en la conformación de representaciones y prácticas de sus miembros, especialmente, de aquellos privilegiados que monopolizan la gestión de los bienes de salvación, como son los especialistas religiosos del catolicismo. A su vez, nos permite individualizar tácticas específicas que nos permiten definir ciertas “técnicas” institucionales. Un buen ejemplo de estas técnicas-tácticas, mas frecuentemente conscientes y racionales, es la alternancia entre una interpelación a la ciudadanía o a la feligresía -según sea más conveniente- en los discursos episcopales².

Pierre Bourdieu teoriza el concepto de “estrategia” en el marco de una “teoría de la práctica”:

“La teoría de la práctica en tanto que práctica recuerda, en contra del materialismo positivista, que los objetos de conocimiento son construidos y no pasivamente registrados, y, contra el idealismo intelectualista, que el principio de esta construcción es el sistema de disposiciones estructuradas y estructurantes constituido en la práctica y orientado hacia funciones prácticas” (Bourdieu 1991: 91)

En el cuadro de esta concepción constructivista, preocupada aprehender el mundo a partir de una relación práctica, en la cual el mundo impone su presencia y sus urgencias, el *habitus*, como sentido práctico, es indisoluble del concepto de “estrategia”. En efecto, el *habitus*

“guarda solución a las paradojas del sentido objetivo, sin intención subjetiva: está en el origen de esos encadenamientos ‘golpes’, objetivamente organizados como estrategias sin ser el producto de una verdadera intención estratégica (...) Si cada uno de los momentos de la secuencia de acciones ordenadas y orientadas que constituyen las estrategias objetivas puede parecer determinado por la anticipación del futuro y, en particular, por la de *sus propias consecuencias* (lo que justifica el empleo del concepto de estrategia), es porque las prácticas engendradas por el *habitus* y exigidas por las condiciones pasadas de la producción de su principio generador están, de antemano, adaptadas a las condiciones objetivas, siempre que las condiciones en las que el *habitus* funciona sean idénticas - o semejantes- a aquellas en las que se constituyó, provocando ese ajuste a las condiciones objetivas perfecta e inmediatamente logrado, la ilusión de finalidad o, *lo que viene a ser lo mismo*, de mecanismo autorregulado” (Bourdieu 1991: 107)

Se trata de un principio generador de esquemas, inscripto en los cuerpos, por historias idénticas que es la condición para la concertación de las prácticas y de las prácticas de concertación. Esta categoría de *habitus* nos desliga a la vez de la noción de intención subjetiva en la producción de las prácticas y en el trabajo de su desciframiento. Es la homogeneidad de las condiciones de existencia lo que hace que las prácticas ordinarias sean percibidas como evidentes. Esto resulta en una homogeneidad de los *habitus*

² Para ejemplos de estas modalidades discursivas, cfr. Bonnín 2007.

de clase o de grupos que hace que las prácticas puedan estar concertadas sin cálculo estratégico ni obediencia ciega a una regla. Sin embargo, la regularidad de las prácticas es, sin embargo, objetivamente, el resultado de una serie de elecciones coherentes, es decir, una estrategia. En términos de Martínez (2007), cuyo trabajo interpretativo ha impresionado al mismo Bourdieu³:

“Esta estrategia no puede ser pensada como el juego racional de un actor consciente que piensa el conjunto de posibilidades abstractas para prever sus golpes con toda lucidez, y en respuesta a cada uno de los golpes posibles del adversario. Por el contrario, la coherencia de la estrategia, se podría decir, es una coherencia que toma prestada del sistema de disposiciones del habitus” (Martínez 2007: 135)

Esta regularidad lejos de seguir un principio jurídico explícito (regla/norma) que organiza la concertación de las prácticas, orientadas teleológicamente; obedece a cierta imprevisibilidad que distingue la simple ejecución (hábito) de la agencia estratégica (habitus):

“El agente es productor en cada caso de una conducta relativamente imprevisible, que revela su regularidad solamente a posteriori” (Martínez 2007, 136)

A partir de su conexión de sentido con el concepto de habitus, la categoría de estrategia pasa a dar cuenta de un abanico de “improvisaciones reguladas” (Bourdieu, 1991: 99). Es decir, cobra sentido en una relación de ajuste constante entre la *reactivación del sentido objetivado* en las instituciones e inculcado y apropiado por los agentes y las *condiciones objetivas de la situación*:

“La presencia del pasado en esta especie de falsa anticipación del porvenir que efectúa el habitus no se muestra mejor, paradójicamente, que cuando el sentido del futuro probable es desmentido, y unas disposiciones mal ajustadas a las posibilidades objetivas, debido al efecto de histéresis (...) reciben sanciones negativas porque el entorno al que se enfrentan realmente está alejado de aquel al que están objetivamente ajustadas” (Bourdieu 1991: 107)

Parafraseando a Martínez (2007) el habitus allí funciona en el vacío, aferrándose a su coherencia produce incoherencia respecto del mundo social. La conceptualización que hace Bourdieu sobre el concepto de “estrategia” incluye una vuelta reflexiva sobre el concepto weberiano de acción instrumental, que puede leerse como un esfuerzo por restablecer las condiciones de analogía entre ambas categorías:

“Recordando que la acción racional, orientada ‘juiciosamente’ a partir de lo que es ‘objetivamente válido’, es la que ‘se desarrollaría si los actores hubieran tenido conocimiento de todas las circunstancias y de todas las intenciones de los particulares’, es decir, de lo que es ‘válido a los ojos del científico [savant]’, el único en condiciones de construir mediante el cálculo el sistema de posibilidades objetivas a las que debería ajustarse una acción llevada a cabo con perfecto conocimiento de causa, Max Weber muestra claramente que el modelo puro de la acción racional no puede ser considerado como una descripción antropológica de la práctica. Y no sólo porque los agentes reales

³ Ver contratapa de la recientísima edición del libro: Martínez, Ana Teresa, *Pierre Bourdieu. Razones y lecciones de una práctica sociológica*, Manantial, Buenos Aires, 2007

no poseen más que excepcionalmente la *información completa* y el arte de apreciarla que supondría la acción racional. Dejando aparte este caso excepcional en el que se reúnen las condiciones (económicas y culturales) de la acción racional orientada por el conocimiento de los beneficios que pueden eventualmente asegurar los diferentes mercados, las prácticas dependen, no de posibilidades medias de beneficio, noción abstracta e irreal que sólo existe por el cálculo, sino de probabilidades específicas que posee un agente singular o una clase de agentes en función de su capital, entendido bajo del punto de vista aquí considerado como instrumento de apropiación de oportunidades teóricamente ofrecidas a todos” (Bourdieu 1991, 109)

De este modo, Bourdieu, precisa el sentido en que debe entenderse el concepto weberiano de acción instrumental guardando la analogía con su propuesta para una teoría de la práctica.

Si la mirada foucaultiana nos permitía analizar cómo el dispositivo de la Iglesia Católica fabricaba sujetos a partir del repertorio de estrategias, resultantes del funcionamiento *objetivo* de la institución; la noción bourdiana de habitus es fundamental para del modo en que los sujetos se apropian del *sentido objetivado* inculcado por la institución y analizar en que medida sus estrategias, en tanto *improvisaciones reguladas* producto de la flexibilidad de este principio generador, se ajustan a las condiciones objetivas de la situación o funcionan en el vacío de la histéresis frente al contexto de hostilidad política, social y religiosa que supuso la última dictadura militar. Se trata de indagar en qué medida los capitales específicos (capital social, cultural, económico, etc.) adquiridos en la carrera institucional son puestos en juego por los especialistas religiosos del catolicismo a la hora de hacer frente a la represión estatal y en qué medida éstos les permiten resolver exitosamente las situaciones.

Michel De Certeau en su “teoría del arte del hacer” revisa y critica las perspectivas de Foucault y de Bourdieu. Para el autor ambos comparten las operaciones de fragmentación etnológica y metonímica, esto es:

“La primera acción *fragmenta* ciertas prácticas en un tejido indefinido, para abordarlas como *una población aparte*, que forma *un todo coherente pero extraño* en el lugar donde se produce la teoría. En el caso de los procedimientos ‘panópticos’ de Foucault, aislados en una multitud, o las ‘estrategias’ de Bourdieu, localizadas en los bearneses y los cabileños. Con esto reciben una forma de etnología. Además tanto en un caso como en el otro, el género (Foucault) o el lugar (Bourdieu) que se ha aislado está considerado como la metonimia de toda la especie: una parte (observable por hallarse circunscripta) se supone que representa a la totalidad (indefinible) de las prácticas. Ciertamente, en Foucault, este aislamiento se basa en la disolución de la dinámica propia de una tecnología: es una fragmentación producto de un discurso historiográfico. En Bourdieu, se supone que está proporcionado por el espacio que organiza la defensa de un patrimonio (...) La segunda acción *voltea* la unidad así fragmentada. De ser oscura, tácita y lejana, pasa a ser elemento que ilumina la teoría y sustenta el discurso”. (De Certeau 2000: 72-73)

Para diferenciarse, De Certeau busca incluir en su conceptualización esa “reserva” de procedimientos incapaces de organizar espacios o discursos, pero eficaces para “vampirizar” aquellos principios o mecanismos que parecen explicarlo todo, ignorados por ambos autores:

“En Foucault, los procedimientos agazapados en los detalles de la vigilancia escolar, militar u hospitalaria, microdispositivos sin legitimidad discursiva, técnicas ajenas a la Ilustración, se convierten en la razón mediante la cual se aclaran a la vez el sistema de nuestra sociedad y el de las ciencias humanas. En ellas y a través de ellas nada escapa a Foucault. Permiten a su discurso ser él mismo y teóricamente ser panóptico y capaz de *ver todo*. En Bourdieu, el lugar distante y opaco organizado por “estrategias” astutas, polimórficas y transgresoras en relación con el orden del discurso resulta igualmente invertido para proporcionar su evidencia y su articulación esencial a la teoría que reconoce en todas partes la reproducción del mismo orden. Reducidas al *habitus* que se exterioriza, estas estrategias inconscientes de su conocimiento procuran a Bourdieu el medio de explicar todo y estar conscientes de todo” (De Certeau, 2000: 73)

La propuesta del autor es original en cuanto retoma las primeras formulaciones extendidas de los conceptos de estrategia y táctica, concebidas en el marco de los tratados del arte de la guerra, y hace del tiempo y del espacio dos dimensiones fundamentales para su redefinición. Así, llama estrategia

“al cálculo de relaciones de fuerzas que se vuelve posible a partir de que el momento en que un sujeto de voluntad y de poder es susceptible de aislarse de un ‘ambiente’. La estrategia postula un lugar susceptible de circunscribirse como un lugar *propio* y luego servir de base a un manejo de sus relaciones con una exterioridad distinta” (De Certeau 2000: L)

Como contrapartida, la táctica es

“un cálculo que no puede contar con un lugar propio, ni por lo tanto con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible. La táctica no tiene más lugar que el del otro (...) Debido a su no lugar, la táctica depende del tiempo, atenta al ‘coger del vuelo’ las posibilidades de provecho (...) Necesita constantemente jugar con los acontecimientos para hacer de ellos ‘ocasiones” (De Certeau 2000: LI)

Esta perspectiva re sitúa el problema en torno al sujeto de la acción. Le interesan, por sobretodo, las astucias, las mañas, los ardidés innumerables e infinitesimales que los sujetos son capaces de poner en práctica, metamorfoseando la autoridad para transformarla de acuerdo a sus propios intereses y reglas. Esta conceptualización reniega de la “docta ignorancia” de las estrategias, organizadas por el *habitus*, sabidas por ignorantes. De Certeau recupera los esquemas operativos organizados en torno a conocimientos antiguos, inteligencias inmemorables (*métis*) cuya “síntesis intelectual tiene como forma no un discurso sino la decisión misma, acto y manera de ‘aprovechar’ la ocasión” (De Certeau 2000: L). Estas son las tácticas de los débiles, las de aquellos que hacen de la *ocasión* su estrategia: un arte de invención de lo cotidiano. Esta resignificación conceptual devuelve la soberanía a los sujetos, capaces de jugar con los acontecimientos para hacer de ellos

oportunidades. Esta teoría de las decisiones (prácticas), a menudo tácitas, intenta dar unidad a esas “proliferaciones diseminadas’ de creaciones anónimas y ‘perecederas’ que hacen vivir pero no se capitalizan” (De Certeau 2000: XVIII).

En cierto modo, esta noción de táctica recupera la noción de “intención estratégica” vinculada a un sujeto racional, al estilo weberiano, pero la imposibilidad de acumular un capital *propio* que dé un *lugar* socava las bases mismas la proyección teleológica de la acción. Justamente “‘lo propio’ constituye una *victoria del lugar sobre el tiempo*. Permite capitalizar las ventajas adquiridas, preparar expansiones futuras y darse así una independencia con relación a la variabilidad de circunstancias. Es un dominio del tiempo por medio de la fundación de un lugar autónomo” (De Certeau 2000: 42)

Esta “acción cartesiana” de circunscribir lo propio en un mundo amenazado por un *otro* define la noción de “estrategia”, la acción de la modernidad científica, política o militar: “toda racionalización ‘estratégica’ se ocupa primero de distinguir en un ‘medio ambiente’ lo que le es propio, el lugar de poder y de la voluntad propios” (De Certeau 2000: 42). Aquí la noción de estrategia recupera su relación de analogía con la tipificación weberiana de acción instrumental pero *pierde su proyección universal*. Se trata de una racionalidad específica de la modernidad pero restringida a un espacio:

“las estrategias son pues acciones que, gracias al principio de un lugar de poder (la propiedad de un lugar propio), elaboran lugares teóricos (sistemas y discursos totalizadores) capaces de articular un conjunto de lugares físicos donde se reparten fuerzas” (De Certeau 2000: 45)

En efecto, ¿quiénes son los sujetos de voluntad y de poder? Son las instituciones: “una empresa, un ejército, una ciudad, una institución científica...”(De Certeau 2000: 42). En cambio los sujetos de la vida cotidiana (en tanto sujetos individuales y no en tanto representantes institucionales) no pueden llevar adelante sino tácticas.

Esta perspectiva nos permite complejizar la mirada sobre los elencos dirigentes del catolicismo (obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas) y pensarlos, a la vez, como sujetos individuales en la vida cotidiana y como sujetos con poder social, miembros del cuerpo de especialistas, de la institución Iglesia Católica. Esta complejización de la mirada nos permite, por ejemplo, comprender que un obispo en tanto autoridad de la Iglesia Católica condene públicamente la subversión como el “un atentado a la nación”, pero en tanto “amigo de”, “pariente de”, “conocido de” presione personalmente para que liberen a un detenido-desaparecido.

A modo de cierre

Este ensayo lejos de pretender ser exhaustivo y enciclopédico ha elegido ser selectivo y desprejuiciado a la hora de considerar qué abordajes teóricos trabajar. Esto se ha debido a que no se trataba de hacer una historia de los usos de concepto, sino de seleccionar intencionadamente aquellos enfoques que prometían soluciones plausibles para el abordaje de nuestro objeto de

investigación. De este modo, el esfuerzo de sistematización de teórica nos ha permitido descubrir nuevas aristas del concepto de “estrategia” que, a su vez, son eficaces para abordar diversas dimensiones del objeto.

En efecto, partimos de un sujeto complejo como es la Iglesia Católica, que supone la articulación entre una iglesia (institución) con su cuerpo de funcionarios que hemos llamado “especialistas religiosos”, un movimiento católico y una pluralidad de actores que se identifican públicamente como católicos pero que muchas veces se desentienden de “lo institucional”, de “la práctica del culto” y de “la iglesia”, aunque *sean la iglesia*. Esto no es ajeno a nuestro caso, en el que trabajamos con elencos dirigentes del catolicismo, como son los obispos, sacerdotes, religiosas y religiosos que, tal como los describe P. Bourdieu (1971), gozan del monopolio de la gestión de los bienes de salvación⁴. Pensemos por ejemplo, en el caso del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo (cfr. Catoggio, 2005).

A su vez, aunque más claramente en el caso de los obispos (cfr. De Imaz, 1996), de hecho forman parte de una elite social. Aunque, lejos de ser un colectivo homogéneo, los “especialistas religiosos” del catolicismo se caracterizan por su heterogénea pertenencia social, trayectoria institucional y reconocimiento y visibilidad pública. Ni siquiera en el caso del episcopado podemos pensar en un cuerpo homogéneo (cfr. Bonnín 2007). Esto nos obliga a pensar, a la vez, en los límites para la concertación institucional de las prácticas, en las lógicas de reapropiación de los grupos y en la creatividad individual de los sujetos.

En un primer acercamiento al trabajo de campo hemos encontrado un vasto arco de posibilidades que los sujetos pusieron en práctica para hacer frente a la represión estatal durante la última dictadura. Este abanico incluye prácticas de invención cotidiana como poner cacerolas delante de la puerta para que den una señal de alarma llegado el caso, políticas específicas de cada congregación religiosa como cerrar comunidades religiosas insertas en barrios populares o enviar al exterior a los “más politizados” hasta políticas institucionales como la creación de la Comisión Enlace entre el Episcopado y la Junta Militar, de la cual participaron los secretarios generales de la presidencia y de cada fuerza armada y los obispos Espósito, Galán y Laguna.

En cada caso, hablar de “estrategias” frente a la represión es muy distinto. Hemos visto cómo un uso foucaultiano del término es muy útil a los efectos de analizar las estrategias institucionales sin pensarlas como mandatos unidireccionales que siguen fielmente los “cuadros medios”, sino como producto objetivo del funcionamiento institucional que, a la vez que marca una dirección, moldea los cuerpos de los sujetos. El concepto bourdiano de estrategia ha resultado plausible especialmente para comprender las lógicas diversas de reapropiación del sentido objetivado de la institución, tanto por parte de los grupos como de los sujetos, a partir de la puesta en práctica de esas “improvisaciones reguladas” que constituyen el habitus. Por último, la propuesta de De Certeau, es sumamente sugerente para pensar en los sujetos, no como miembros vitalicios del “bando de los fuertes” o “de los débiles” sino, más bien, manteniendo siempre esa doble ambivalencia de los sujetos que, las más de las veces, cuentan con “el peso de la institución” pero que, a menudo,

⁴ P. Bourdieu (1971) les da el nombre de “especialistas religiosos”. Recurriremos a este concepto para describir al conjunto de sujetos de análisis.

son marginados o eligen desvincular sus posiciones individuales de la voz monocorde que ofrece la institución.

En este punto, ¿en qué medida es útil usar un mismo concepto cuando interesa marcar tantos matices?

Rápidamente, se puede responder sosteniendo su utilidad como unidad de comparación de diversas prácticas para un mismo caso y con otros casos en el futuro, por ejemplo, para pensar las estrategias frente a la represión de dirigentes políticos o sindicales. Sin embargo, este interrogante es fruto del proceso que ha merecido este trabajo y digno objeto de futuras reflexiones en este camino emprendido, que es hacer de un objeto una tesis, del que todavía nos queda mucho por andar y desandar.

Bibliografía

Bericat, E. (1998), *La integración de los métodos cuantitativo y cualitativo en la investigación social. Significado y Medida*, Ariel, Barcelona

Bonnin, Juan (2007), *Iglesia y democracia. Táctica y Estrategia en el discurso de la Conferencia Episcopal Argentina (1981-1990)*, tesis de Maestría presentada en la Maestría en Análisis del discurso, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires: mimeo.

Bourdieu, P. (1991), *El Sentido Práctico*, Taurus, Madrid.

Bourdieu, P. (1971), "Genèses et structure du champ religieux", en *Revue Française de Sociologie*, vol. XII (tr. Ana Teresa Martínez, "Génesis y estructura del campo religioso", mimeo, FLACSO, Buenos Aires, 2003).

Catoggio, M. S (2005) "Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo y Servicios de Inteligencia: 1969-1971", *Revista Sociedad y Religión* (en proceso de evaluación).

De Certeau, M. (2000), *Invención de lo cotidiano1. Las artes de hacer*, Universidad Iberoamericana, México D. F.

De Imaz, J. L. (1966) *Los que mandan*, EUDEBA, Buenos Aires.

Donatello, L. M. (2002), *Ética católica y acción política. Los montoneros: 1966-1976*; Tesis de maestría de Investigación en Ciencias Sociales; Universidad de Buenos Aires; cohorte 1998-2000; inédita

Foucault, M. (1987), en *Historia de la Sexualidad*, Tomo I, Siglo XXI, México.

Foucault, M. (1991), "El juego de Michael Foucault", en *Saber y Verdad*, La Piqueta, Madrid.

Heller, A. y F. Fehér (1991), "De la hermenéutica en las ciencias sociales a la hermenéutica de las ciencias sociales", en *Historia y Futuro ¿Sobrevivirá la Modernidad?*, Península, Madrid.

Laudan, L. (1987), *El progreso y sus problemas*, Progreso, Barcelona.

Löwy, Michael. (1999). *Guerra de Dioses. Religión y Política en América Latina*, México, Siglo XXI.

Lulo, J. (2002), "La vía hermenéutica: las ciencias sociales entre la epistemología y la ontología", *Filosofía y Métodos en las ciencias sociales*, Manantial, Buenos Aires.

Martínez, A. T. (2007), *Pierre Bourdieu. Razones y lecciones de una práctica sociológica*, Manantial, Buenos Aires

Murillo, S. (1996), *El discurso de Foucault: Estado, locura y anormalidad en la construcción del individuo moderno*, UBA CBC, Buenos Aires.

- Novaro, M. y V. Palermo (2003), *La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Piados, Buenos Aires.
- Pereyra, S., Toscano, A. y D. Jones, "Individualismo metodológico y ciencias sociales: argumentos críticos sobre la teoría de la elección racional", en *Filosofía y Métodos en las ciencias sociales*, Manantial, Buenos Aires.
- Schuster, F. (2002), "Del naturalismo al escenario postempirista", en *Filosofía y Métodos en las ciencias sociales*, Manantial, Buenos Aires.
- Schuster, F. y M. Pecheny (2002), "Objetividad sin neutralidad valorativa según Jurgen Habermas", en *Filosofía y Métodos en las ciencias sociales*, Manantial, Buenos Aires.
- Schutz, A. (1995), *El problema de la realidad social*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Soneira, Jorge (1989), *Las estrategias institucionales de la Iglesia católica (1889-1976)*, 2 t., CEAL, Buenos Aires.
- Strauss, A. y J. Corbin (1994), "Grounded Theory Methodology. An Overview", en Denzin , N. K. y Lincoln, Y.S. (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, Sage Publications, California.
- Weber, M. (1964), *Economía y sociedad. Esbozo de Sociología comprensiva [1922]*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Weber, M. (2001), "Introducción" en *Ensayos sobre Sociología de la Religión [1920]*, Taurus, Madrid, vol. 1